

# Un Artesano Feliz

Por  
Ignacio Vicuña Labarca



Héctor Herrera: "A veces trabajo con mis ayudantes".

—“PORQUE SIEMPRE he pensado que Cristo es un “gallo paleta”, me parece que en poco tiempo más nuestra situación económica mejorará y la “marraqueta” nos saciará el hambre con mayor holgura. El hecho de que sea muy sensible y sencillo me confiere una apariencia primitiva, que me permite abrirme a lo hermoso que existe en el mundo sin preocuparme de caer en la miseria espiritual, tan propia de los hombres de nuestra época.”

Estas palabras sintetizan el sentido que Héctor Herrera, artesano tapicero, pintor y padre de cuatro niños, le ha dado a su vida.

En el sector de la Quinta Normal, a trasmano de la locomoción, del bullicio y del ajeteo, en un ambiente desolado y triste, en Abtao 359, vive este hombre alegre y emprendedor, que se ha ganado una fama de artista serio.

La primera impresión que se experimenta al llegar a su hogar es la de misterio. Sin hablar, un anciano del almacén vecino abre la puerta de Herrera con su llave. Luego, un corredor largo y estrecho. A un lado cuelgan las enredaderas y al otro las telarañas, escudándose en una pintura gris y descascarada. Diez metros de oscuridad nos conducen al patio del fondo, iluminado, en el que descansa un perro. Un individuo de mediana estatura, anchas espaldas, hombros recios y paso elegante y decidido aparece. Luce un terno negro, una melena larga completada por patillas también largas. Sus ojos grandes tienen una mirada de niño. Se presenta y nos hace pasar a su taller.

## Aprendizaje

Héctor Herrera tiene 39 años, casado con Berta Sepúlveda, “quien me ha sacado adelante en los difíciles trances de la pobreza y de la incertidumbre de la existencia”.

El tapicero toma asiento frente a su mesa de trabajo (siete metros de largo por dos de ancho), conecta a la radio su tocadiscos a pila y llena la sala con los acordes de un concierto de Antonio Vivaldi. Dice que la música le aviva la memoria y lo induce a hablar:

—“Nací en Tomé en 1926. Mi familia era demasiado pobre como para que yo hubiera sido un niño feliz en mi infancia y jugara con los amigos a correr por los bosques en completa despreocupación. Mi único juego consistía en extraer de mi bolsillo del pantalón unos trozos de tiza o de carbón, puesto que no me alcanzaban las economías para comprar lápices, y dibujar en papeles sucios todo lo que cañera ante mi vista. Eran bocetos horribles e indescifrables. Pero en ellos radicó mi primera pasión de niño. Estudié hasta la tercera preparatoria y a los catorce años, sin resignarme a conducir un sistema de vida monótono y carente de perspectivas para mi espíritu inquieto, abandoné mi hogar y me di a la fuga hacia Santiago, solo y desamparado.”

Héctor Herrera sonríe satisfecho. Nos ofrece un puro habano y un whis-

ky Bonded Beam. Nos aclara que tales atenciones no son un motivo para alarmarse, ya que constituyen obsequios de amigos extranjeros, especialmente diplomáticos, que compran sus tapices.

Saboreamos el aperitivo, haciéndonos acompañar de un buen café brasileño que le regalara su gran amigo y compadre Thiago de Melo, ex agregado cultural de la Embajada de Brasil en Chile. Observamos con detención el taller. El artista se arrinconó en su mesa de trabajo para terminar un encargo: un paño inspirado en motivos chilenos que le hizo al Presidente del Perú, Fernando Belaúnde. En los muros, pintados con cal, 15 cuadros de variadas tendencias proporcionan color y vida a la pieza. A un costado, una biblioteca, y a continuación, en el mismo estante, una discoteca:

Héctor Herrera, inclinado sobre la mesa y pinceles en mano, recuerda:

—“Al llegar a Santiago viví de los desperdicios que encontraba en la Vega y en los basurales. Dormía en los bancos de la Alameda. Sin embargo, nunca dejé de confiar en que algún día Dios me iba a permitir desarrollar ese antiguo deseo que se había transformado en una necesidad de primer orden, y que era dibujar. No tenía cómo hacerlo por el momento. A nadie que me enseñara la técnica de la pintura. Hasta que un día la suerte vino a auxiliarme. Logré un puesto de mozo, otro de ayudante de zapatero, portero de un hotel y así me fui dando a conocer. Enseguida trabajé en un laboratorio de esencias durante cinco años.”

El recuerdo de sus primeros años entristece al artista. Posee una frente amplia, despejada. Se desenvuelve con gestos sencillos, espontáneos. Dice:

“Mi afición por los tapices surgió de la casualidad. Terminé mi contrato con el laboratorio (donde ganaba 10 pesos diarios, y me empleé como mozo en la casa de Emilio Hermanssen. Allí debía cuidar el jardín, limpiar el garaje y hacer el aseo general, labores que me agradaban y que me dejaban tiempo en la tarde para dedicarme a los pinceles. Un día que salí al patio vi cómo Emilio, que era algo mayor que yo, estaba pintando. Me acerqué. Trabajamos amistad. Le confesé mi ideal y se propuso enseñarme la forma de conseguirlo. Lo hizo por dos años. Y llegó el instante en que pinté una figura aceptable. Tenía 20 años. Después fui

obrero en una fábrica de estampados y ascendí a ayudante de dibujo.”

Una segunda corrida de café, un segundo y largo puro, un tercer Bonded Beam, hacen exclamar al tapicero, entre nostálgico y picaresco:

—“En esa época vivíamos con mi mujer en un sucucho espantoso, donde mi desengaño por la vida había adquirido graves proporciones. Pero Berta insistía en que condiciones me sobraban y que sólo faltaba la oportunidad. Nos peleábamos en nuestra indigencia con estos asuntos de mis cualidades. Cierro día, que recuerdo con risa, estaba comprando un libro en una librería de textos usados. Se me aproximó un caballero mal educado, arrogante y desagradable. De mi bolsón asomaban los motivos de unas carpetas que había diseñado. El las vio y me obligó a mostrárselas. Le gustaron y las compré todas. Entonces, con el dinero que me proporcionó esa venta arrendé esta casa miserable. Hemos economizado lo suficiente como para que nada nos falte dentro de nuestras posibilidades.”

## Año nuevo

Algunos juguetes, con los que suele entretenerse el artista, adornan la mesa; ocho paños de fuertes coloridos, en los que predominan las figuras de animales domésticos, con variantes geométricas, penden de un grueso cordel que atraviesa la sala de muro a muro; en un extremo de su bufete unas botellas de diferentes licores y, frente a ellas, Héctor Herrera agrega:

—“Estamos aburridos en esta casa. Nos queda ajustada y no podemos recibir con comodidad a los amigos. Gracias al patio, que es espacioso, estamos en condiciones de contar con el perro, que es una fiera y parece que quienes nos visitan se hacen acreedores al “derecho de mordida”. Nos mudaremos a una casa sólida e independiente en cuatro meses más. La firma a través de la cual compraremos la nueva casa nos ha tramitado un poco, pero lo que nos resta por permanecer aquí no es nada si lo comparamos con los nueve años que dependemos del almacenero que les abrió la puerta.”

Termina el concierto de Vivaldi y Herrera se levanta de su asiento para conectar a su tocadiscos un tema hindú, que luego invade el despacho del tapicero.

## Libros, música, pintura

Este artista que compone hermosos paños es un conversador excelente, goza de una voz atractiva, musical y cuanto dice es mesurado, de un interés que cautiva:

—“La única manera en que un artista pueda crear sin que su obra arrastre la desgracia de la experiencia personal, consiste en rodearse de ese mun-

do de la fantasía que nos protege de los atajos peligrosos de la realidad. La literatura despierta la imaginación, la música clásica la profundiza, la ordena, confiriéndole encanto y gracia. La pintura le otorga forma, humor, vida. Estos fueron mis mejores amigos. Los que me ayudaron con su compañía siempre desinteresada. Es de suponer, entonces, que no me llevara demasiado esfuerzo sustraerme de la mediocridad y componer mis muestras con riqueza y entusiasmo.”

Nos señala sus libros. Figuran los norteamericanos con preeminencia. Los alemanes y los franceses. Uno de los libros que más le han gustado ha sido “El Retorno de los Brujos”, porque lo halla fascinante y conmovedor. En música se inclina por el jazz; la clásica también lo mantiene durante horas en su despacho y sin ella no le es posible trabajar. En la pared vemos cuadros de Nemesio Antúnez, de Valenzuela Llanos y otros abstractos.

Opina, con jovialidad y sonriente: —“Es una lástima que en Chile no se conozca la música hindú. Es muy semejante a la barroca y está compuesta para satisfacer los estados de ánimo de los auditores, lo que ayuda y fortalece el carácter.”

## Viajes y proyectos

Herrera prosigue:

—“He expuesto mis obras en las ferias artísticas, donde me he hecho amigo de Jorge Suré, Nemesio Antúnez, Thiago de Melo. Ellos son padrinos de mis hijos varones, y juntos hemos vivido momentos de mucho agrado y alegría. Thiago de Melo me convidó por un mes a Brasil. Partí con las muestras y un maletín debajo del brazo. Volví con esperanza, con fe y cinco maletas. Tuve éxito allá y la gente me envía telegramas haciéndome pedidos. Vendo caro, porque soy consciente de la calidad técnica de mis obras. Expondré en Viña del Mar muy pronto y cuando me instale en mi nuevo hogar, pretendo viajar por Chile, buscando material para acrecentar mi producción.”

El artesano nos muestra sus últimos trabajos. Los grandes los vende a \$120 y los chicos a \$80. En ellos resaltan el folklore nacional y la imaginación de Herrera. Es amigo de los espacios libres, que dan luz y vigor a los motivos, especialmente en aquellos cuyas figuras son círculos con imágenes de personajes históricos.

El hombre deposita los paños sobre la mesa, toma de la mano a su mujer y exclama, mientras sus dos hijas se le acercan y le tiran los pantalones con cariño:

—“Tal vez el viaje lo pueda realizar con toda la familia y estas vacaciones jamás soñadas serían una justa respuesta a todos estos años de prueba, abnegación y duda.” ■